

mente inéditos con el Vaticano II y con sus viajes relámpago (enteramente «paulinos») a todos los puntos cardinales y a todas las encrucijadas de nuestro mundo. El cristianismo busca el reencuentro virgen con sus propios orígenes y fuentes porque nunca puede dejar de ser actualísimo en todas las épocas y en todas las latitudes: si no, dejaría de ser sal y semilla y fermento de todo lo humanamente válido. Jerusalén, Bombay, Nueva York, Efeso y Fátima son otras tantas dimensiones y posibilidades conjuntas del «eterno presente» del catolicismo: su fe, su esperanza, sus ansias de justicia y caridad y paz.

Desde puntos de vista humano-sociales, el mensaje más importante de estos «diálogos» y de estos gestos y viajes (y de todos los protocolos y documentos que los preparan o los completan) consiste en poner de relieve la absoluta inseparabilidad que existe entre Dios y los hombres; entre lo humano y lo divino del mundo y de la historia; entre el amor a Dios (cristianismo) y el amor al prójimo (humanismo cristiano); entre los valores divinos, sagrados, sobrenaturales y trascendentales del hombre (paternidad divina) en cuanto cristiano, y sus valores sociohistóricos (teología del desarrollo personal y comunitario), en cuanto que el hombre está inserto en grupos y colectividades más o menos institucionalizados y más o menos abiertos a la comunión universal de los hombres con Dios. Hay un punto omega en el que coinciden los consejos, los diálogos y los «encuentros» de Cristo y de los Apóstoles con los de Pablo VI y el Vaticano II: amar a Dios y a los hombres como hijos y representantes de una misma paternidad y hermandad en Cristo hecho hombre.

VIDAL ABRIL CASTELLÓ.

GUITTON, Jean: *Justificación del tiempo*. Fax, Madrid, 1967. 196 páginas. (Traducción de J. M. Bernáldez Montalvo).

Se trata de un magnífico ensayo monográfico con densidad de verdadero tratado. Es una obra de orfebrería mental, en la que refluyen y se condensan muchas aportaciones de la mejor escuela agustiniana (desde San Agustín a Blondel y Teilhard de Chardin), del espiritualismo francés y del mismo neotomismo, junto a otras intuiciones rigurosamente originales.

El tema del tiempo puede abordarse desde múltiples perspectivas; la escogida por Guitton está entre las más fecundas. Estudia el tiempo, no con técnicas aprióricas y conceptuales, ni tampoco con categorías simplemente empíricas y fenomenológicas, sino «existencialmente»: es decir, en cuanto que el tiempo es una dimensión consustancial de todo lo histórico-antropológico (especialmente de las actividades humanas) y una estructura proyectiva y teleológica de todo acontecer cósmico-existencial, centrado siempre en la conciencia personal al modo agustiniano. El método mismo usado en la obra merece alabanza: es simultáneamente temático-analítico e histórico-doctrinal. Guitton desarrolla el tema del tiempo en cuatro capítulos y resume sus pensamientos en un último apartado. El tiempo «religa desde dentro» al ser humano (a su conciencia, a su libertad, a su

existencia entera, a todos sus actos) a un modo de devenir fenoménico y a todas las realidades inmanentes y trascendentes que lo condicionan en su mismo discurrir, en su valor, en su sentido y en todas sus cualidades específicamente humanas.

En esta perspectiva encuentra Guitton que ni el pasado ni el futuro tienen realidad «cosística» y ni siquiera fenoménica, si no se los inserta en el presente (del que son dos dimensiones de profundidad) y se los religa a los actos humanos (de los que son dos vertientes y conexiones con cuanto los precede o podrá seguirlos, es decir, con cuanto los motiva como causa o como fin). Por eso es por lo que Guitton se expresa así: «De buena gana diríamos que el porvenir es mental, mientras que el pasado es espiritual» (pág. 49). Nosotros y nuestros actos no fluimos en el tiempo, sino que es el tiempo y la duración los que fluyen en nosotros: somos los que los «producimos» y realizamos en cuanto son. «El tiempo es el lugar de las opciones, mientras que la eternidad es el de los destinos» (página 28). En todo acto y acontecimiento presidido por nuestra libertad hay siempre ingredientes intemporales, que son los que constituyen la «sustancia» del tiempo, según Guitton. En el juego recíproco entre los elementos histórico-temporales y los intemporales de la existencia humana se decide el sentido y el valor del ser y de la vida.

El discurrir de su propio pensamiento le sirve a Guitton de fondo sobre el que él hace resaltar otras doctrinas divergentes sobre los mismos temas analizados por él (concepción judaica del tiempo, concepción plotiniana, spinoziana, hegeliana, marxiana...) y de hilo conductor para el análisis de otras realidades parciales conexas con el tiempo: libertad, espíritu, acción, sentimientos; función de los sentidos, de las pasiones y de las experiencias anímicas; mecanismos de fruición atemporal de lo temporal; formas de evasión del tiempo... La obra de Guitton nos recuerda así a otras de Jean Lacroix, especialmente su *Sentido del diálogo* (aunque Guitton prescinde expresamente de citas y de aparatos técnicos accesorios).

El tiempo resulta ser para él, en conclusión, «el lugar de una acción que compromete la eternidad» (pág. 71). Todos los que disocian el juego múltiple y las correspondencias que existen entre todos los ingredientes y factores que se juegan en el tiempo, desconocen, según Guitton, la profundidad, el sentido, la estructura y la misma realidad del tiempo. La «esencia metafísica» del tiempo se decide, según él, en los actos humanos y es de carácter y sentido y contenido moral: la opción humana lo decide todo.

VIDAL ABRIL CASTELLÓ.

HAYAKAWA, S. I.: *Symbol, Status and Personality*. New York, ed. 1963. 188 páginas.

La influencia de las investigaciones semánticas efectuadas por Hayakawa inciden sobre la determinación de métodos de pensamiento característicos. Observa que las palabras son capaces de cambiar nuestros modos